

1

Sopla el viento, un aullido vivo, amigo, que celebra otro espléndido día de abril en la costa atlántica. Es de noche. Doblo, levanto apenas el culo del sillín y me lanzo de nuevo. Está el ronquido cadencial del océano, su resuello, y una sombra que se desliza rauda entre las farolas: soy yo. Voy zumbando. Acelero más, dúctil. Casi me doy rabia por la

facilidad con que avanzo. Meto caña hasta alcanzar un umbral decente de incomodidad. No es momento para complacencias; tengo que salvar a mi padre, encontrar a un médico, es urgente. Me lanzo a toda mecha hacia el centro urbano en dirección al hospital. He aquí la plaza, antiguamente tomada por unos fantasmas esqueléticos de piel cérica y cuencas de ojos hundidas, cubiertos con burdos uniformes azules demasiado holgados y cortos. ¿Dónde han ido a parar los viejos?, ¿han trasladado el asilo?, ¿se ha ennoblecido la vestimenta?, ¿se ha vencido a la muerte? ¿Qué ha sido de los gruesos zuecos amarillos en los que se cimbreaban sus tibias desnudas? ¿Y de las boinas?

El corazón. Sólo puede ser algo de corazón. Su corazón, esa bomba caprichosa en

forma de corazón, lo dejará tirado en cuanto pase de los cincuenta. Una convicción que mi padre me legó cuando cumplí diez años y él inauguraba la década fatídica. Lo sabe. Lo presente, y, además, todos los hombres de su familia se marchan así, en plena madurez, sin previo aviso.

—¡Quiá! no llevaré ya tiempo faltando...

O aun:

—No, si para entonces ya la habré diñado.

Y yo me volvía a mi cuarto para llorar en silencio.

Enterado muy pronto de las deserciones encubiertas que se cernían, empecé por vigilar a mi abuela materna. Debido a su avanzada edad, me parecía, con todo, la más vulnerable.

Muchas fueron las noches de verano en que me levanté de la cama al acecho del sonido de su respiración, o aun, cuando el mar roncaba con demasiada fuerza, para espiar el desplazamiento imperceptible de la sábana en la penumbra.

Una cruz roja en un edificio blanco, sin relieve, apagado, insignificante. Llevo demasiado tiempo sin acercarme por el barrio. Al fondo, detrás de la galería acristalada, un tenue resplandor.

Suelto la bicicleta y trepo por un camino de grava estrecho, como en un sprint. Tengo quince años. Aún no sé que de aquí a pocos meses mi abuela me traicionará. Todavía ignoro que no se puede salvar a los demás.

Una cruz roja sobre una cofia blanca.
Llego a la meta.

—¿El corazón? No tenemos el equipo necesario. ¿Ha avisado a un médico?

—Sí, no... Hemos intentado...

—Hay que ir a La Roche. Ellos tienen el material.

—¡¿A La Roche?!

La Roche-sur-Yon, a treinta y cinco kilómetros, otro mundo, más tiempo. He fracasado. Y ahora ¿qué?, mi padre...

Un ataque de ciática, sí, de repente, sin poder uno moverse, ¡lo juro! Por fin ha venido el médico, muy simpático, un hombre culto que no ha dudado en desplazarse a media noche; una inyección, mañana volverá, me encuentro mejor, pero ¡Dios, qué dolor!

Mi madre se ha sentado sobre la cama en la que mi padre, reclinado sobre dos almohadas, amaga circunspecto algunos movimientos.

Ahora que se han tranquilizado, mis padres se ríen con ganas.

La primera vez que vi a mi padre sufrir yo era muy niño. Una clara mañana de otoño, una algarada de exclamaciones febriles y golpes sordos convergió hacia la puerta de entrada, cuyas dos hojas se abrieron. Apareció entonces en el recibidor una ristra de personas entre las que divisé a mi madre en camisión blanco y, en el centro de la agitación, a mi

padre, cetrino, en una camilla...Venían detrás gentes desconocidas: en Bois-Colombes, el incidente de un dentista tan apreciado era todo un acontecimiento.

—¿Qué le pasa a papá?

Me tranquilizaron.

—Nada, nada. Está bien.

Se diagnosticó fractura de fémur, y por no prestar suficiente atención a lo que el paciente decía se descuidó otra de húmero, lesión ésta cuya traza reveló por casualidad, años después, una radiografía.

«Resbalé sobre una hoja muerta.» Yo era, claro está, demasiado joven para apreciar el eco fúnebre de esa confesión repetida hasta la saciedad, pero sí percibía en mi padre una

propensión a lo absurdo y cierto deleite por la consternación gratuita. Cada vez que, cabizbajo, respondía: «Resbalé sobre una hoja muerta», advertía que lo que había que deducir era: *Éstas son las gratas sorpresas que te depara la existencia: gozas hoy de una salud de hierro, eres el cabeza de una familia unida, dueño de un coche moderno, y ¡zas!, una simple hoja, insignificante, en la antepenúltima fase de su ciclo natural, a pocas horas de convertirse en polvo, en definitiva, una hoja muerta, puede mandarlo todo a la porra.*

Las circunstancias poco gloriosas de esta aventura no me acongojaron demasiado. Ya había comprendido el silencio recatado de mi padre sobre todo cuanto se refiriera a la gue-

rra, a su participación en el combate, a su medalla (una tarde en que mis padres habían salido, mi abuela, presa de la emoción de una mujer que había perdido al marido en la esca-bechina del 17, me mostró la prestigiosa condecoración recibida —según supe más tarde— por acto de valentía como oficial sanitario); asimismo aceptaba yo que mi padre fuera de vez en cuando torpe o perdiera el equilibrio, se fracturara los huesos resbalando sobre una hoja muerta e incluso que, a su manera, disfrutara evocando el episodio.

Mi padre fue enyesado en su habitación, un cuarto situado justo encima de su consultorio dental. (Mi madre ejercía la misma actividad en la planta inferior a la de mi dormitorio, y los jueves —que, desde un punto de

vista escolar, equivalían a los miércoles semifestivos de hoy— oía los berridos de los chavales, sus gritos de terror, de rabia y de dolor, entrecortados por apercibimientos severos y cansinas llamadas al orden.) Para mí, ese accidente fue puro motivo de júbilo. Al igual que la mayoría de los niños de corta edad, había mantenido hasta entonces unas relaciones privilegiadas con mi madre, y la imagen de mi padre, la de un hombre afable y cariñoso pero muy acaparado por su trabajo, resultaba bastante borrosa. Esas semanas de inmovilidad obligada nos aproximaron para siempre.

Acostado en la espaciosa cama en la que me reunía con él, mi padre inventaba para mí historias y personajes (el héroe era un pato que se llamaba Cuá-Cuá), surgidos directamente

de la vivacidad de su juventud campesina. Cuá-Cuá me encantaba, el talento que tenía para librarse de las tretas del cocinero, que lo perseguía empuñando una cacerola. Feliz por dar con un público en un registro improbable, mi padre reinventaba esa vida al aire libre que tanto echaba de menos, con un lujo de detalles sorprendente y un auténtico dominio del género burlesco. El éxito fue total.

Mi madre se sintió un poco dolida por ello, y por las noches recuperaba obligada las credenciales de narradora. Mediante cuentos de hadas, príncipes encantadores, la escenificación de un mundo de ensueño, mi madre expresaba otra forma de frustración, el rechazo de una realidad que la había herido a muy corta edad (se había criado en presencia de

dos sombras, desconocidas y sin embargo muy próximas: su hermano mayor, fallecido como consecuencia de una meningitis, y su padre, muerto por la explosión de un obús, dos imágenes beatíficas que mi abuela veneró a lo largo de su vida, recluyéndose en un culto exclusivo a los varones, tocados, todos ellos, con la aureola de los dos desaparecidos maravillosos, dos iconos con los que mi madre no podía rivalizar, por más que hiciera). Cuando me contaba historias, su afectación teñida de inquietud ponía al descubierto toda esa situación; además, yo era remiso a los cuentos, anhelaba prodigios más cercanos, más cotidianos.

—¿No te gusta mi cuento?

—Sí, claro que sí...

Y con cautela, para no herirla, le preguntaba cómo continuaban las aventuras de Cuá-Cuá.

Un buen día, quitaron el yeso de la pierna de mi padre, y colorín-colorado, la inspiración se había acabado.

La segunda vez que vi sufrir a mi padre, yo estaba en primero de bachillerato. Como todos los sábados por la tarde, mis padres se disponían a visitar a mi hermana Évelyne, que se hallaba internada desde hacía algunos meses en una clínica de Vésinet, cabecera del departamento. Mientras mi padre daba vueltas por el recibidor, vi sus ojos enrojecidos y,

al momento, sus mejillas húmedas. Esas lágrimas inesperadas, inimaginables en aquel rostro maduro y marcial, constituyeron para mí la prueba de que mi familia se había alejado de la felicidad.

Mi hermana Évelyne, ocho años mayor que yo, había sido, según todos contaban, una niña maravillosa. Estoy seguro de que así fue, y afortunadamente guardo aún de ella algunas imágenes tiernas, recuerdo sobre todo su adolescencia, con su retahíla de «problemas», el alfiler que se tragó en la escuela y el algodón que tuvo que engullir, sus conflictos escolares; el poema de Rimbaud que comienza por *Qué poco serio es uno a los diecisiete años*, que se empeñaba en declamar todas las noches, y

recitaba, cada vez más exaltada, cuando ya pasaba con creces de los diecisiete; aquel desengaño amoroso que la hundió y, en fin, las ocasiones en que, durante la cena, se levantaba precipitadamente de la mesa, y yo la oía desde mi cama, su carrera por el pasillo hasta su habitación, espoleada por los pasos nerviosos de mi madre, que precedían el caminar más lento y grave de mi padre, rezongando «Y ahora, ¿qué pasa?» en un tono que se me antojaba de una gran aflicción.

Durante los últimos meses en que Évelyne vivió en casa (que culminaron en aquel desastroso ingreso hospitalario respaldado por la facultad) no era de extrañar que a mi vuelta del instituto me quedara varios minutos ante la puerta del piso, sin llamar. Me sentía solo.

Claude, mi hermano mayor, que le llevaba varios años a mi hermana, se había independizado. Además, lo que básicamente conservaba en la memoria de ese hermano de edad tan distante eran sus iras, de las que yo había sido objeto un par de veces; unos accesos de cólera repentinos, célebres en toda la familia. «Está que arde... pero sin fuego», se glosaba. Y en ese incendio sin llamas yo advertía rasgos nobles, una fuerza inaudita, opinión que se veía siempre confirmada por el relato de sus últimos arrebatos: «A Claude le ha dado en el cine un ataque, y ha dejado la sala medio vacía», «Entonces Claude se ha puesto blanco como una sábana y...». Mi padre, a pesar de los ruegos de mi madre, nunca hizo frente a esos embravecimientos. «¡A ver si reaccionas!»,

profería mi madre en vano. Ante la violencia de ese hijo mayor que había heredado la gran hermosura de su mujer, mi padre permanecía pasivo con la cabeza ligeramente inclinada, como perdido en medio de sus pensamientos.

Uno de aquellos domingos plúmbeos, mi padre me dijo en un tono aciago: «Hoy disfrutaremos de una gran alegría». Luego me explicó que mi hermana iba a salir por primera vez de la clínica y pasaría algunas horas en nuestra compañía... No tengo en mente el modo en que Évelyne, mi padre, mi madre y yo nos juntamos, ni cómo mi hermana fue de nuevo llevada a esa maldita clínica (de la que no tardaría en fugarse, hasta que al final se la tragaron las brumas de Hamburgo); tan sólo

recuerdo que resultó una alegría apesadumbra-
da, que fue deshilvanándose en silencio a lo
largo del jardín las Tullerías y que, de regreso
a casa, arrebuado en al asiento posterior del
Citroën DS, demasiado blando, como siempre
o casi siempre, se me revolvieron el estómago y
el corazón.